



José Luis Lanuza



El soldado Cervantes

Todo buen lector del *Quijote* debe considerar el 7 de octubre, día de la batalla de Lepanto, como un aniversario cervantino. Ya no se puede imaginar a Cervantes sin Lepanto, ni a Lepanto sin Cervantes. En la retórica fácil de los discursos de ocasión y de los artículos periodísticos es casi imposible dejar de aludir a Cervantes llamándole «el manco de Lepanto».

Así, la batalla en que intervino le quedó como apellido para siempre.

Lepanto fue la mayor batalla naval que vieran, durante mucho tiempo, los hombres. Fue, además, la última gran batalla de tipo antiguo, en la que intervenían galeras impulsadas a remo. Cervantes estaba orgulloso de haberse encontrado ese día en un lugar tan señalado por la historia. Nunca dejó de recordar su intervención en esa contienda. En sus libros la menciona con frecuencia. Y es posible que, verbalmente, en hosterías, mesones y ventas -122- de España e Italia, alentado por algún generoso vaso de vino, recordara largamente, ante distintos auditorios, los pormenores de aquella jornada inolvidable.

Él -ahora todos lo saben- iba embarcado en la galera llamada *La Marquesa*. Era un simple soldado y no tenía más de veinticuatro años. Formaba parte de la compañía de Diego de Urbina (unos ciento cincuenta soldados, apretados como higos en tarro, entre las maderas flojas de la galera maloliente).

No podía aún considerarse un escritor el soldado Cervantes. Es cierto que ya había escrito y publicado, en ocasión de la muerte de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, algunos versos, como alumno de don Juan López de Hoyos. Eran, en total, un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía en tercetos. Ni por la cantidad ni por la calidad bastaban para colocarlo de golpe en la cima del Parnaso. Tampoco hay que exagerar y pensar que los versos eran malos. El maestro López de Hoyos, hombre culto (y lector de Erasmo, lo que entonces era casi una prueba de buen gusto y de independencia de espíritu), lo llama «caro y muy amado discípulo».

-123-

Algo conocía del mundo, a los veinticuatro años, el soldado Cervantes. Algo; sin duda, no demasiado. Todavía no había adquirido esa experiencia quintaesenciada, hecha de ilusiones y desilusiones, que le permitirían, más tarde, escribir el Quijote. Pero, en fin, ya había sido secretario de un cardenal en Roma. Y como soldado había recorrido varios lugares de Italia. Conoció ciudades, gentes distintas, mujeres, hosterías. Siempre le quedaría un recuerdo alegre de Italia, de sus amistades de camino, de sus buenos vinos, de sus buenos manjares. Y de sus lecturas italianas. Sin duda, se sabía de memoria el *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto. Y le quedó el gusto de intercalar frases italianas en sus escritos, aunque fuera en italiano macarrónico:

-Venga la macatela, li polastri e li macarroni...

Se juntaron las galeras cristianas en Mesina. Eran más de trescientas naves, con una tripulación general de ochenta mil hombres, entre soldados y remeros. En realidad, eran tres escuadras reunidas para enfrentar a las fuerzas turcas, que se estaban convirtiendo en las dueñas del Mediterráneo. La escuadra española, la escuadra pontificia y la escuadra de la república de Venecia. Sus estandartes lucían castillos y leones, o las armas del Papa, o el león -124- de San Marcos. Cada una era mandada por un jefe, pero del comando general estaba encargado don Juan de Austria.

Don Juan era hijo del emperador Carlos V, y medio hermano de Felipe II. No era mucho mayor que el soldado Cervantes. Tendría unos veintisiete años. Pero ya había dado ciertas pruebas de valor en la lucha contra los moriscos, y se le adivinaban unos deseos terribles de hacerse famoso.

Su dinamismo y sus ganas de entrar en pelea agilizaron un poco las dificultosas tramitaciones de los comandantes. Es verdad que algún tiempo se entretuvo don Juan con las damas de Nápoles. Pero pronto empezaron a remar los galeotes en busca del enemigo.

Descansaron un momento en Corfú, en Cefalonia. Ya se iban aproximando a la escuadra turca. La encontraron por fin en el golfo de Corinto, en un paraje que los griegos llamaban Naupactos y los italianos -pronunciando a su modo- Lepanto.

Por allí, hacía siglos -unos quince siglos-, pelearon las galeras romanas de Octavio con las egipcias de Marco Antonio y Cleopatra. Otra vez, Oriente y Occidente.

La armada turca era aún mayor que toda la cristiana -125- reunida. Contaba con unas doscientas cuarenta galeras, tripuladas por ciento veinte mil hombres. En ciertos

sectores producían una impresión de suntuosidad que sobrepasaba la de las más ricas galeras venecianas. En sus palos flameaban gallardetes verdes con las medias lunas del Profeta o con elegantes inscripciones árabes. La batalla parecía un desfile naval. Arañaban los remos el mar azul. Brillaban en las cubiertas los vistosos morriones, las corazas, los escudos. Gentes de todas las razas y de todos los colores, armadas con las armas más diversas, estaban a punto de enfrentarse.

Al fin tronaron los cañones, los morteros, los arcabuces. Pero al mismo tiempo volaban bandadas de flechas lanzadas por hábiles arqueros y ballesteros. Los espolones enganchaban unas naves con otras. Se tendía una tabla y por ella se lanzaban, musulmanes y cristianos, al abordaje. En los momentos de apremio parecía más útil manejar la espada y no las complicadas y lentas armas de fuego. Brillaban los aceros, rectos en los cristianos, curvos en las cimitarras de los otros.

Resonaban los mil gritos de la pelea. Gritaban los galeotes cautivos, pidiendo que los librarán de sus cadenas.

-126-

Medio millar de naves habían formado un revoltijo sonoro y sangriento, que el soldado Cervantes tendría presente, para siempre, indeleble. Ya se sabe que Cervantes estaba con fiebre el día de la batalla. Lo habían dejado tirado bajo cubierta. Pero no pudo aguantar la situación de ser un simple espectador de la pelea o quedar al margen de aquella excitación en ese momento culminante de la historia.

Se puso su casco, empuñó su espada y se lanzó a lo más espeso del entrevero. Para justificarse, dijo algunas frases que, luego, un compañero de armas (un soldado navarro llamado Mateo de Santisteban), reprodujo así: El capitán y los soldados le habían dicho «que pues estaba enfermo y con calentura, que se estuviese quedo, abajo en la cámara de la galera». Pero Cervantes, decidido a pelear, les contestó «que qué dirían de él...»

Al soldado Cervantes le importaba mucho lo que dirían de él. Tal vez, inconscientemente, estaba preparando su nombre para la gloria o la inmortalidad. Pues agrega el soldado Santisteban:

«... y que qué dirían de él, e que no hacía lo que debía, e que más quería morir peleando por -127- Dios e por su rey, que no meterse so cubierta, e que su salud...»

Entonces le señalaron un lugar peligroso en la pelea, junto con otros soldados. Y allí, en lo más intrincado de la batalla, un pelotazo de arcabuz le golpeó la mano izquierda. Pero él siguió peleando. Hasta que lo alcanzaron otros dos balazos en el pecho. El primero apenas le rozó la ropa. El segundo lo volteó.

Todos supieron que el soldado Cervantes había peleado como bueno. El mismo don Juan de Austria lo reconoció así, «y le dió cuatro ducados más de su paga».

En Lepanto, unos ganaron mucho, y otros, poco. Cervantes, que nunca anduvo bien con la fortuna, ganó cuatro ducados. Pero, sobre todo, un recuerdo que no tenía precio.

Por eso, cuando uno, cualquiera, lo motejó de viejo y manco, él -ya viejo, es cierto- se irguió sobre el recuerdo de sus antiguas glorias para contestar que la manquera la había obtenido «en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros».

Y agregó, entre otras cosas dignas de leerse: «Que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, -128- quisiera antes haberme hallado en aquella acción prodigiosa, que sano ahora de mis heridas sin haberme hallado en ella».

Porque en esto de ganar o perder siempre hay algún misterio. Y hay pérdidas que, por raros caminos, llegan a convertirse en ganancias.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario